

# La Mujer del Marinero

Por  
Alvaro DEL POZO Concha



Como un cariñoso panegírico a las compañeras de los marinos.

Como una veneración a esas almas que debieron acallar sus angustias desde el instante mismo en que despertaban, llenas de ansiedad, urdiéndose quiméricas esperanzas; que supieron aceptar la nostalgia de su soledad, mucho antes del sublime sacrificio que impone la defensa de la Patria, sin esperar ser comprendidas, sin admitir conmisericordia que empañara su silente heroísmo.

Este sobrehumano sentimiento, tan característico en un país que extiende su dilatado litoral frente a vastos horizontes, golpeado por brisas insaciables de océanos infinitos, se observa con frecuencia en el hogar del navegante chileno... Es por eso que en "La Mujer del Marinero", he querido testimoniar mi admiración hacia todas aquellas que supieron entregar su más acendrado cariño, a un hombre de mar: al Jefe de una Flota, al Capitán de un Vapor, o al más inadvertido tripulante de nave desconocida.

El Autor

La tenue claridad de un alborar celeste, define apenas los contornos del Puerto Militar.

Las luces de la ciudad van perdiendo poco a poco su brillante arrogancia, para dar paso al colorido matinal.

Rasga los espacios, rompiendo la quietud de la aurora naciente, la vibrante melodía del rey de un gallinero en la lejanía. Como eco sostenido, reproducen sus notas... canta un tercero y por último son muchos los que se agregan a este pregonar, golpeándose con sus alas en señal de protesta, ante la dormida población que no considera sus himnos como el toque vivaz de una hermosa "diana".

Con un oleaje casi imperceptible, el mar parece desmerecerse de un prolongado letargo y aun cuando el sol anuncia sus primeros albores, el hielo de un persistente airecillo, quiere imprimir su mortificante recuerdo.

Toda la ciudad duerme.

Todo continúa inmutable, sin que llamen la atención las actividades del puerto... sin inquietarse por ese ajeteo que se adivina en los buques de la Flota que, vomitando humo por sus chimeneas, avisan la pronta partida a una larga campaña.

En el fondo de la dársena, donde el rincón del molo ha encontrado un olvido,

se ven grupos de hombres en diligente caminar. Cruzan del molo a sus buques. Retornan de sus buques al molo, embarcan sus equipos, simplifican amarras o largan espías. ¡Es la Flotilla de Submarinos que se apronta a zarpar!

Con sus motores en acelerado ritmo, abandona el puerto en intachable formación, penetrando en esa majestuosa llanura que marchita su bizarría, ante la inmensidad del océano.

Pocos pobladores han podido contemplar la partida.

Quizás ningún adiós, llegue a sus aceras cubiertas.

El noctámbulo que después de horas de mundana alegría se recoge al hogar para dar reposo a su agitada existencia camina cabizbajo, soñoliento, casi dormido y no perturba su mente, ni el panorama marítimo, ni la maniobra de los buques, ni el encanto de un bello amanecer.

Allá en el cerro, a la puerta de una casa modesta en su estructura pero grata por el calor familiar con que en ella se vive, puede observarse la esbelta figura de una mujer... Su alma vibra al lado de la Flota, sus ojos llenos de angustia, siguen el movimiento de los buques, a pesar de la inclemente brisa que desordena su cabellera, bate sus ropas y traspasa su cuerpo de un extraño frío.

Nadie conoce sus sentimientos... La llaman: "la Mujer del Marinero"...

\* \* \*

Las horas avanzan.

Una incipiente agitación empieza a observarse en las poblaciones.

La Mujer del Marinero, sigue a la vera de su casa. Sus ojos tristes no ven nada. Su pensamiento surca los mares alcanzando lejanas latitudes. Por su mejilla rueda una lágrima. Nadie sabe si la provocó el viento, nadie sabe si la causó un dolor...

El vecindario forma su mortificante corrillo y muchas veces percibe frases de compasión, pero no les hace caso... ¡Qué necios!... No comprenden que la Mujer del Marinero se despoja de todo egoísmo, que para ella es un orgullo el Servicio Naval y que al elevar sus plega-

rias nunca disocia al esposo de su querida Institución, la que aprecia el sentir de aquella alma generosa que, sin alarde alguno, desde el más oscuro y anónimo rincón, colabora por su grandeza.

Así transcurren los días en su aislada soledad. Así pasa su existencia sin exhalar una queja, sin lamentar un dolor...

Con esa abnegación, con esa bondad, con ese coraje, sabe animar al marinero, instándolo a fortalecer el inmenso amor que lo liga a la Armada, a ese organismo ejemplar que ha sabido adentrarse en su propia familia.

Para sí, no pide nada.

Ella sabe que los buques constituyen un acendrado crisol que purifica los más nobles sentimientos de sus tripulaciones. Que al iniciarse el día, surcando los aires el toque del clarín, acuden reverentes al pie de la bandera para venerarla al tope de su asta, viéndola batir a todos los vientos el rojo vivo que habla de la sangre viril de la Patria y al blanco inmaculado que recuerda la plateada cabellera de los padres, mientras desde el cielo azul de Chile, el brillo de la estrella ilumina la cara de la amada.

\* \* \*

Corren los días, las semanas, los meses.

¡Las naves fondean en el puerto!

El paisaje entero parece sonreír al esplendoroso sol que baña las tierras y los mares.

La población sigue indiferente sus cotidianas labores.

Por las calles céntricas dirige sus pasos la Mujer del Marinero.

Va radiante. Sus ojos brillan de alegría, su caminar ondea.

Llena de orgullo se apoya al brazo de su hombre sintiéndose la novia, la recién desposada.

Ella cree que contemplan su alegría y que toda la ciudad la ve contenta.

Ella piensa que la miran con envidia.

Y pasa entre el mundo, el mundo indiferente donde nadie la vio reír.

Donde nadie concibe sus sacrificios. Donde nadie comprende sus alegrías...

"¡Bendita mil veces, la Mujer del Marinero!"